

EL LIBRO DE MATEO

Lección 88, Capítulo 26

La semana pasada comenzamos lo que popularmente se conoce como el relato de la Pasión, que básicamente domina los capítulos restantes del Evangelio de Mateo. Las circunstancias que condujeron a la ejecución, el entierro y la resurrección de Cristo, así como las consecuencias inmediatas, representan probablemente la parte en la que más se han centrado todos los autores de los Evangelios sinópticos. Sin embargo, no está exenta de controversias, y estas controversias son todo menos triviales.

Inmediatamente al abrir el capítulo 26 de Mateo, en el versículo 2 leemos esta declaración que parece tan sencilla, pero que en realidad no lo es en absoluto:

Mateo 26:2 *«Como saben, faltan dos días para la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser clavado en el madero».*

El tema polémico con el que comienza este versículo no es que Yeshua esté prediciendo su crucifixión; es la mención de que la Pascua (***Pesach***) está a dos días de distancia como preludio de lo que pronto leeremos. Si bien el comentario de los dos días se repite en el capítulo 14 del Evangelio de Marcos, Marcos, curiosamente, agrega que la Pascua también se llama la Fiesta de la Matza. Los Evangelios de Lucas y Juan no mencionan el plazo exacto, sino que solo dicen que la Pascua estaba cerca. Lucas deja claro, sin embargo, que, en su caso, consideraba que los términos «Pascua» y «Panes sin Levadura» eran intercambiables. Esto no es un asunto menor, ya que la Torá establece las fiestas de la Pascua y de los Panes sin Levadura como fiestas ordenadas por separado, cada una con su propio significado, requisitos distintos y duraciones diferentes de observancia. Además, aunque no se menciona la siguiente fiesta en la serie de las tres fiestas primaverales ordenadas por la Torá, llamada «Primicias», el momento de las Primicias se establece en relación con la celebración de la Pascua y la Fiesta de los Panes sin Levadura. Esta realidad es trascendental porque, algunos años más tarde, el apóstol Pablo afirma que el Mesías es las primicias de la resurrección. Para mí es obvio que Pablo concluyó que el hecho de que Cristo resucitara de la tumba en la Fiesta de las Primicias (***Bikkurim*** en hebreo) no fue una coincidencia. Más bien, era un símbolo de la resurrección general que finalmente llegaría, tal como lo

profetizaron los antiguos profetas de Israel.

La doctrina cristiana casi universal sobre el tema es que Cristo murió el día de la Pascua, fue depositado en la tumba justo al comienzo de esa noche y resucitó el domingo. Si tomamos como guía el calendario hebreo y la Torá, eso significa que murió el día de la Pascua, fue sepultado momentos antes del inicio de la Fiesta de la Matza (porque cuando termina la Pascua, la Fiesta de los Panes sin Levadura comienza de inmediato), y luego resucitó de entre los muertos alrededor del amanecer del primer día de la semana, unas 72 horas después, en lo que llamamos domingo. Sin embargo, la realidad es que la cronología cristiana contradice las tradiciones hebreas de esa época, así como el antiguo calendario de las fiestas bíblicas ordenadas por Dios que los judíos tenían el mandato de observar... y observaban. La cronología cristiana tampoco suele tomar en cuenta la realidad crucial de que, bíblicamente, un día no comienza a la medianoche (como ocurre en la actualidad) ni al amanecer. Bíblicamente (y tal como lo observaban los judíos), un nuevo día comienza al atardecer. Así que la semana pasada comenzamos la complicada exploración de este tema (que continuaremos hoy), que también involucra la Última Cena (algo que aún no hemos abordado) que, según se dice, ocurrió la noche antes de que Cristo muriera. El cristianismo tradicional sostiene que la Última Cena fue la cena de la Pascua (o seder). Sin embargo, eso no puede ser así, ya que es el día de la Pascua cuando se sacrifican y cocinan los corderos pascuales, y luego se comen justo después de la puesta del sol. Así pues, si Él murió en la Pascua aproximadamente a la misma hora en que se sacrificaban los corderos pascuales, ¿cómo pudo haber sido la Última Cena la cena pascual si los corderos aún no habían sido sacrificados ni cocinados? Por lo tanto, como lo he descrito en numerosas ocasiones, todo este asunto puede denominarse acertadamente un «hormiguero», ya que es muy complejo y porque existen algunas diferencias entre los relatos de los Evangelios sobre el momento en que ocurrió, las cuales parecen entrar en conflicto. O, como prefiero pensar, no es que los relatos entren en conflicto, sino que tiene que ver con el uso de terminología diferente que ha sido malinterpretada por los traductores gentiles de la Biblia debido a una falta de comprensión del mundo judío de esa época en general, y de la Torá bíblica en particular.

No repasaré la información que les di la última vez sobre este tema; pero sí añadiré algo más. La forma en que funcionaba el calendario hebreo desde la época de Moisés, y que continuó durante la época de Cristo y sigue vigente hasta el día de hoy, es que la Pascua es una fecha

de ese calendario. En el calendario **civil** hebreo, la Pascua ocurre en el séptimo mes del año llamado Nisán (también llamado Aviv). En el calendario hebreo **de observancias religiosas**, Nisán es el primer mes del año. La fiesta bíblica de la Pascua (**Pesach**), que dura un día, se celebra el día 14 de Nisán. Por lo tanto, puede caer en cualquier día de la semana en que el 14 de Nisán caiga en un año determinado. La fiesta de los Panes sin Levadura (**Matzah**), de siete días, comienza el 15 del mes de Nisán. Así que, obviamente, también puede caer en cualquier día de la semana, inmediatamente después de la Pascua. Así pues, si en un año en particular el 14 de Nisán cae en lunes, entonces la Fiesta de los Panes sin Levadura comienza el martes. Si en otro año el 14 de Nisán (la Pascua) cae en miércoles, entonces la Fiesta de los Panes sin Levadura (el 15) comienza el jueves... y así sucesivamente (no es difícil de entender). Pero es con los demás mandamientos relacionados con estas fiestas donde la cosa empieza a complicarse.

La Pascua es, bíblicamente, un día festivo, pero en todos los demás aspectos es simplemente un día normal. Es decir, una persona puede trabajar ese día si así lo decide y, además, no tiene la obligación de viajar al Templo para la Fiesta de la Pascua. Lo único que debe suceder en la Pascua es que cada familia sacrifique un cordero y lo cocine, y luego espere hasta después de la puesta del sol para comerlo. De hecho, cuando lo analizamos detenidamente, en la mayoría de los aspectos la Pascua fue concebida originalmente como una fiesta que se celebraba en el propio hogar en familia, porque así fue como ocurrió en Egipto. Es decir, la Pascua es un recuerdo del suceso en Egipto cuando Dios mató a todos los primogénitos egipcios, lo que resultó en la liberación de Israel para que pudiera ir a su Tierra Prometida. En Egipto, se les ordenó a todas las familias israelitas que sacrificaran y cocinaran un cordero. Su sangre debía untarse en los marcos de las puertas de sus hogares, y después de la puesta del sol se debía comer el cordero. Unas horas más tarde, la ira mortal de Dios se extendió por Egipto y mató a todos los primogénitos varones de cada hogar, pasando por alto todas aquellas casas donde se había untado la sangre del cordero en los marcos de las puertas. Este suceso devastó tanto al faraón que ordenó a los israelitas que salieran de Egipto. A la mañana siguiente, los israelitas se apresuraron a empacar y partir. Como el pan era su alimento básico, pero su preparación requería unas horas para que leudara antes de hornearlo —lo cual no era posible debido a la prisa con que tenían que partir—, los israelitas tuvieron que preparar pan sin el agente que lo hace leudar: la levadura... la masa fermentada. Así, cuando unas semanas más tarde, en el Monte Sinaí, Dios le entregó a Moisés la Torá, parte de ella incluía instrucciones para conmemorar este acontecimiento

anualmente y para siempre mediante la instauración de las fiestas bíblicas de la Pascua y los Panes sin Levadura.

La Fiesta de los Panes sin Levadura, a diferencia de la Pascua, **sí** requería un viaje al Templo de Jerusalén, donde se realizaban ciertos sacrificios. Pero la clave para entender la cronología bíblica de estas fiestas es la siguiente: además del requisito de que los israelitas estuvieran presentes en el Templo de Jerusalén durante los siete días completos de la Fiesta de los Panes sin Levadura, el primer y el último día de esta fiesta se apartaban como sábados especiales. No se trata del séptimo día semanal, sino de dos sábados festivos especiales. No obstante, al igual que en el sábado del séptimo día, en estos sábados festivos adicionales no se debía realizar ningún trabajo. Por lo tanto, si era necesario viajar a Jerusalén (es decir, si uno no era residente local de Jerusalén), el viaje debía concluir ANTES del primer día de la Fiesta de los Panes sin Levadura, ya que no se permitía viajar en sábado. Por lo tanto, era habitual que, dado que la Pascua era el día anterior a la Fiesta de los Panes sin Levadura, las personas que viajaban (que representaban a la mayoría de los judíos) se aseguraran de estar en Jerusalén a tiempo para celebrar también la Pascua. Era simplemente una cuestión de practicidad; no había forma de estar en casa, sacrificar y cocinar el cordero en la Pascua, empacar y transportar a la familia, el cordero y todos los ingredientes para la comida hasta Jerusalén, y llegar allí antes del anochecer... todo en el mismo día. Así que, casi sin excepción, quienes, según el decreto de la Torá, debían estar en el Templo para la Fiesta de los Panes sin Levadura, llegaban unos días antes (tal como lo hicieron Jesús y sus discípulos) para poder encontrar alojamiento y obtener las provisiones que necesitaban para celebrar estas dos fiestas antes de que comenzaran. Estos dos días especiales de sábado que forman parte de la Fiesta de los Panes sin Levadura se llaman en griego **«sabatón»**, y se traducen de diversas maneras al español como «sábado», «gran sábado» o, a veces, «sábado solemne». Sin embargo, traducir **«sabatón»** como «sábado» puede confundir los sábados festivos especiales con el séptimo día, el sábado regular; por lo tanto, traducirlo como «Gran Sábado» nos ayuda a entender que se trata de un tipo de sábado especial, aunque diferente, que tiene en su mayor parte las mismas reglas que el séptimo día, el sábado; sin embargo, estos Grandes Sábados están asociados con la Fiesta de los Panes sin Levadura.

Así pues, funciona de la siguiente manera. La Pascua el 14 de Nisán, es en gran parte un día normal, con la excepción de que se debe sacrificar y cocinar un cordero. Al atardecer termina la Pascua (porque termina el

día 14), y comienza la Fiesta de los Panes sin Levadura (porque en ese mismo atardecer comienza el día 15). En las siguientes horas después del atardecer, los hebreos (los judíos) celebraban su cena pascual, cuyo plato principal era ese cordero cocido. Lo diré de otra manera: en la Pascua se sacrifica y se cocina el cordero; al inicio de la Fiesta de los Panes sin Levadura, se come. Pero la clave real es comprender que este nuevo día que comenzó al atardecer (el 15 de nisán, la Fiesta de los Panes sin Levadura) es también un Gran Sábado. Se debe suspender todo trabajo. Se deben suspender todos los viajes. Por lo tanto, el día anterior a ese Gran Sábado, el día de la Fiesta de la Pascua, recibió un apodo: Día de la Preparación. ¿Por qué? Porque todos los preparativos para la cena de Pascua se realizaban entonces y debían completarse antes de la puesta del sol del 14 de Nisán, momento en el que comenzaba el día siguiente, y ese día siguiente era un día de sábado especial para dar inicio a la Fiesta de los Panes sin Levadura. Una vez más (porque puede confundirnos): aunque coloquialmente se le llama la cena de Pascua o el seder de Pascua (con el cordero como plato principal), en realidad no se come durante la Pascua, sino que solo se prepara durante la Pascua. Se come durante las primeras horas del primer día de la Fiesta de los Panes sin Levadura.

Ya lo mencioné en la lección anterior, pero vale la pena repetirlo: al igual que en el mundo occidental tenemos todo tipo de apodos y términos para los días que rodean la Navidad y el Año Nuevo... términos como la temporada navideña, la temporada festiva, las fiestas, la Nochebuena y algunos más, estamos lo suficientemente familiarizados con su significado e intención como para entender todos estos términos tal como se usan en una conversación. No nos confunden porque estos términos no se utilizan en su sentido más técnico (es decir, técnicamente la Navidad es un evento de un día el 25 de diciembre y el Año Nuevo es un evento de un día el 1 de enero). Lo mismo ocurría con las fiestas de la Pascua y de los Panes sin Levadura en la época de Cristo. Debido a la logística que implicaban, las dos fiestas solían fusionarse en un solo término en las conversaciones informales entre los judíos: «Pascua» solía referirse a ambas fiestas, y del mismo modo, «Panec sin Levadura» también se refería a ambas fiestas. Sin embargo, los judíos se entendían perfectamente entre sí cuando la conversación pasaba de esos términos coloquiales a sus significados técnicos. Todo esto nos resulta muy complicado porque la mayoría de los creyentes no están familiarizados con el funcionamiento de las fiestas bíblicas, pero también es especialmente complicado porque utilizamos una versión moderna del calendario romano. Mientras que la Biblia define los días como aquellos que comienzan y terminan al atardecer, nosotros nos

guiamos por un reloj mecánico según el cual los días se definen como aquellos que comienzan y terminan a las 12 de la medianoche. Por lo tanto, cada día del calendario bíblico (cada día hebreo) termina abarcando partes de dos días del calendario romano, ya que el momento en que comienza y termina un día del calendario es diferente entre un día del calendario romano y uno del calendario hebreo.

A medida que avanzamos en el camino de Yeshua hacia la cruz, tal como se relata en los Evangelios, y en todo lo que lo rodea, debemos tener en cuenta estos hechos (y son hechos, no especulaciones). Esto afecta exactamente cuándo y qué fue la Última Cena. Influye en si Cristo fue ejecutado el día de la Pascua o el primer día de los Panes sin Levadura. Influye en qué día fue depositado en el sepulcro, y afecta a si el sábado —en el que, según la Biblia, los judíos tenían prisa por bajar a Cristo de la cruz y enterrarlo antes de que comenzara ese sábado— fue un Gran Sábado (un sábado festivo especial) o si fue el séptimo día el sábado. Y luego, dado que definitivamente resucitó el primer día de la semana (lo que llamamos domingo), ¿permaneció realmente en el sepulcro tres días y tres noches, como la señal de Jonás, tal como Yeshua profetizó que sucedería, o estuvo allí menos tiempo? Usaremos esta información que les di la semana pasada y hoy a medida que avancemos en Mateo, y a medida que nos encontremos con esta serie de diversos eventos (como la Última Cena) como base para entender qué ocurrió, cuándo ocurrió y por qué ocurrió tal como ocurrió, ya que abarca la muerte y la resurrección del Mesías. Pasemos ahora al versículo 3 de Mateo. Abran sus Biblias en el capítulo 26 de Mateo; solo leeremos una parte.

VUELVAN A LEER MATEO, CAPÍTULO 26:1-13

Hay dos acontecimientos que se describen en lo que acabamos de leer: primero, la conspiración de las autoridades del Templo para deshacerse de Yeshua, y segundo, la «unción» de Él por parte de la mujer en Betania (no malinterpreten lo que quiero decir con unción, que es derramar algo). Quiero ofrecer un poco de contexto para ayudarnos a entender cuál fue el verdadero motivo de las autoridades religiosas judías para este decidido empeño por acabar con este problemático galileo. Si bien fueron las autoridades del Templo (los saduceos) quienes parecen haber liderado este esfuerzo por matar a Jesús, también se menciona a los escribas y a los ancianos. Los escribas y los ancianos eran los líderes religiosos asociados no con el Templo, sino con la sinagoga. Sin embargo, es probable que estos líderes de la sinagoga también estuvieran vinculados con el poder judicial del judaísmo de

aquella época, el Sanedrín, que estaba compuesto por un grupo de hombres procedentes tanto de las autoridades del Templo como de la sinagoga. Mateo deja claro que los máximos líderes de la religión judía querían muerto a este Hombre Santo de la Galilea rural; pero ¿por qué? Fue principalmente por motivos políticos, aunque estos líderes utilizaran su religión como medio para manipular los acontecimientos y llevar a cabo su malvada intención.

Los saduceos eran las máximas autoridades del Templo y, en términos generales, eran odiados por los judíos comunes porque a los aristócratas saduceos les encantaba colaborar con los romanos. Las autoridades romanas locales no tenían ningún interés en la religión judía, ni tampoco tenían nada en contra de ella. Lo único que querían era paz en la región, que los judíos pagaran sus impuestos y encontrar alguna forma de convencer a la población judía de que honrara al César, tal como se exigía a todos en su vasto imperio. Era obligatorio que todo el pueblo del imperio adorara al César como a un dios; pero los judíos se negaron y, durante mucho tiempo, se produjo un gran derramamiento de sangre. Curiosamente, con el tiempo Roma decidió que era mejor adaptarse que luchar e hizo una excepción para los judíos en este sentido. Por lo tanto, lo único que exigían a los judíos era el debido respeto a la ley romana y al César como su soberano; no tenían que adorar al César como a un dios.

Otra cosa que Roma exigía era que los judíos obedecieran la ley romana... hasta cierto punto. Se hacían adaptaciones cuando la ley judía y la ley romana entraban en conflicto en algunos casos, pero no en otros. Por ejemplo, aunque el Sanedrín podía dictar la pena de muerte para un judío declarado culpable de violar una ley religiosa, no podía ejecutar la sentencia a menos que el gobernador romano local la aprobara oficialmente. Y, al parecer, eso no sucedía muy a menudo. Más bien, los romanos estaban más interesados en dedicar su tiempo a ejecutar a aquellos judíos que infringían las leyes romanas, y en este asunto los líderes del Templo tenían poco poder más que el de apelar la decisión.

En la época de Yeshua, la principal preocupación de los romanos era identificar a los posibles rebeldes y alborotadores judíos, y ocuparse de ellos; siempre de la manera más espantosa y pública posible... la crucifixión. En términos generales, las autoridades del Templo tenían poco interés en detener esta atrocidad contra su propio pueblo, ya que no amenazaba ni reforzaba su base de poder ni su riqueza. Y... esto es fundamental... el jefe de la autoridad del Templo en esa época (el sumo

sacerdote) siempre era un aristócrata, y nunca pertenecía al linaje propio de los sacerdotes levitas, tal como lo ordenaba la Ley de Moisés para ocupar el cargo de sumo sacerdote. Literalmente, el sumo sacerdote no solo era ilegítimo en ese sentido, sino que además ocupaba un cargo que se compraba y vendía, y por lo general contaba con el apoyo y la bendición del gobernador romano local. En realidad, era un cargo político que se disfrazaba de cargo religioso, y su propósito era el lucro y el poder personales. Todo este contexto sirve para explicar que no debemos dejarnos distraer por las falsas acusaciones contra Jesús de blasfemia e insurrección como las supuestas razones por las que el sumo sacerdote quería verlo muerto. La preocupación era la misma que tiene todo político: que apareciera un rival y les quitara el protagonismo. Una persona que se ganara el afecto del pueblo, amenazando así el control que el político ejercía sobre él. Además, las autoridades del Templo tenían el encargo de Roma de mantener la paz. Por lo tanto, la culpa de los disturbios y levantamientos judíos recaía sobre el sumo sacerdote. Si no podía controlar al pueblo judío, los romanos facilitarían su destitución y nombrarían a otro sumo sacerdote que hiciera un mejor trabajo para ellos. Por lo tanto, las autoridades del Templo, aunque tal vez hicieran una demostración pública de indignación, (entre bastidores) estaban perfectamente de acuerdo con que los soldados romanos amenazaran, golpearan, hirieran e incluso mataran a aquellos judíos que sospechaban que eran instigadores de disturbios porque, al final, eso servía a sus propósitos.

Como buenos políticos, su decisión de matar a Cristo nunca estuvo en duda; solo se trataba de cómo y cuándo. Aquí, en Mateo, es a Caifás a quien se identifica como el sumo sacerdote, y fue en su mansión palaciega donde se reunieron los conspiradores. Acordaron que debían ser muy cuidadosos en cuanto a cómo llevarían a cabo esto, pero matarlo era el objetivo. Este podría ser un buen momento para señalar que Caifás no se menciona en los Evangelios de Marcos ni de Lucas, pero sí se le menciona por su nombre varias veces en el Evangelio de Juan. Sigo manteniendo mi convicción de que los autores de Marcos y Lucas eran gentiles, por lo que algunos de los matices de la sociedad judía que serían importantes para los judíos (como quién era el sumo sacerdote en ese momento) no son tan frecuentes en sus Evangelios porque no les importaba particularmente. Mateo y Juan, sin embargo, fueron escritos por judíos creyentes, por lo que datos como quién ocupaba el sumo sacerdocio eran importantes para ellos. También existen registros extrabíblicos que identifican a Caifás como el sumo sacerdote en esa época, y Josefo ofrece uno de esos registros confiables. Te recomiendo encarecidamente que adquieras algunas de

las obras de Josefo como una maravillosa ayuda para el estudio bíblico en tu biblioteca. Como un buen punto de partida, trata específicamente de conseguir la edición ilustrada de Carta de «La guerra judía». Un lugar donde puedes encontrarla es en línea en holylandmarketplace.com. Es un libro hermoso, con muchos mapas a color, y te brindará un contexto adicional sobre lo que estaba sucediendo en el siglo I en la Tierra Santa, según un testigo ocular.

El versículo 5 deja en claro las sensibilidades políticas entre las que los conspiradores intentaban maniobrar. Al fin y al cabo, era el período festivo. Jerusalén y sus alrededores se multiplicaban por diez con respecto a su tamaño normal durante estos días de fiesta, con cientos de miles de peregrinos judíos que llegaban de todo el continente e incluso del norte de África. El fervor religioso estaba por las nubes, creando un polvorín de emociones, y algo como el asesinato de este amado hombre santo, cuyo nombre ya era bien conocido, podría desencadenar disturbios y agitación, lo que a su vez pondría a estos líderes religiosos judíos en problemas con el gobernador romano local, Pilato. Aclaremos quiénes serían estos alborotadores; probablemente no los residentes inmediatos de Jerusalén, a menos que formaran parte del partido de los zelotes. Serían principalmente galileos quienes habrían viajado dos días para llegar hasta allí, ya que Yeshua era uno de los suyos. A los judíos de Jerusalén no les importaba mucho Jesús, aunque sin duda algunos se habrían puesto de su lado. Es en este contexto donde encontramos a Cristo y a algunos de sus discípulos aventurándose a la cercana Betania (una aldea en las afueras de Jerusalén) y donde ocurre la historia de que lo ungieron con un perfume costoso.

Se nos dice que fueron a la casa de un hombre llamado Simón, y se le identifica además como el hombre que padecía **tzara'at**. Casi todas las Biblias en español asumen que esta enfermedad es la lepra, porque así es esencialmente como está escrito en griego (en griego es **«lepros»**). Pero lo que el judío Mateo está describiendo no es la lepra, esa enfermedad que desfigura horriblemente. La Biblia no tiene interés en tales cosas porque, fundamentalmente, la Biblia trata exclusivamente de asuntos espirituales, lo que podríamos llamar, en términos generales, teología. La razón por la que la enfermedad se menciona incluso por su nombre (o, en realidad, por su tipo) es porque se trata de una enfermedad provocada por una condición espiritual impura. La **tzara'at** no es una enfermedad específica, sino más bien una clase de enfermedades que, según se dice, Dios inflige a las personas como una revelación externa de su condición espiritual interna. En términos

generales, estas personas eran marginadas y aisladas fuera de las ciudades y aldeas porque esa impureza podía propagarse y la gente le temía mucho. No estoy seguro de por qué, en este caso, Simón parece seguir viviendo en su propia casa a pesar de padecer tal enfermedad; por lo tanto, creo que debemos reconsiderar lo que se está diciendo. Me parece que lo que estamos leyendo no debe interpretarse como «Simón, quien actualmente tiene *tzara'at*», sino más bien como «Simón, el hombre que tuvo *tzara'at* en el pasado». Es decir, se le conocía en la zona por haberla tenido en algún momento, pero ya no la padecía. Simón era un nombre tan común en esa época que se necesitaba algún otro medio para saber a qué Simón se referían. Por lo tanto, decir «el Shimón que tuvo *lepra*» era una forma de hacerlo y, de ese modo, identificar a quién pertenecía la casa a la que fueron Yeshua y los discípulos.

Sin embargo, a qué casa fueron probablemente no es el verdadero asunto, sino que lo que debemos notar es el gran contraste entre el despiadado, malvado y rico sumo sacerdote Caifás, con su fabulosa mansión, y la conspiración maligna de él y otros líderes religiosos judíos para matar al Hijo de Dios, frente a la humilde casa de un judío común, afligido pero ahora curado, la indiferencia de Yeshua al estar cerca de esta antigua marginada, la hospitalidad que esta familia ofrece a Jesús y a sus discípulos durante el período festivo y, por supuesto, el hecho de que esta mujer de clase baja utilizara lo que debió de ser su posesión más preciada (tal vez una herencia) para ungir al Hijo de Dios, Yeshua. No se nos dice cómo pudo haber conseguido un ungüento perfumado tan costoso, porque no es relevante para la historia... al menos no lo es para Mateo.

Parece que Yeshua estaba cenando con la familia cuando, de manera bastante inesperada, esta mujer anónima saca este ungüento costoso (*murón* en griego), se acerca por detrás de Él y se lo vierte sobre la cabeza. Este producto tan costoso no es algo que una mujer se "vertería" sobre sí misma; más bien se lo aplicaría con cuidado, para que durara el mayor tiempo posible. Pero para ella, este Hombre Santo que come en su mesa vale de alguna manera más que su posesión más preciada, por lo que se la entrega toda a Él, vertiéndola literalmente sobre su cabeza mientras come. Permítanme hacer una pausa por un momento para recordarles algo: ella de ninguna manera está pensando para sí misma «este es el Hijo de Dios» o «este es el Mesías». Este tipo de detalles, hasta ese momento, se habían limitado al conocimiento de los 12 discípulos de Yeshua. En mi opinión, lo que más me intriga es por qué realizó este acto un tanto impactante. Es una idea común en el

cristianismo que ella estaba ungiendo a Jesús para su muerte, tal como fue ungido para su ministerio. Otra interpretación es que lo estaba ungiendo como rey. Creo que también podemos suponer que tal vez simplemente se sintió abrumada por este hombre famoso que se sentó a su mesa. Entonces, ¿cuál fue su motivo? Aunque Yeshua dará una razón concreta de por qué se hizo esto (como un acto simbólico de su tradicional preparación judía para el entierro), me parece mucho más probable que ella no tuviera ni idea de por qué lo hizo.

Quiero compartir una anécdota personal que tal vez ayude a comprender su acción. Desde que éramos niños, nosotros (al menos yo) hacíamos algo, nos metíamos en problemas por ello y, por supuesto, mi mamá preguntaba: «¿Por qué hiciste algo así?». A veces podía dar una excusa lista. Otras veces estaba tan desconcertado por mi propio comportamiento como ella. «No lo sé», decía. La mayoría de las veces era la verdad; no lo sabía. Creo que incluso como adultos, y más adelante en la vida adulta, hay cosas que hacemos que desafían lo que normalmente hemos hecho, o lo que cualquier persona típica haría. No me refiero necesariamente a cosas malas o imprudentes, sino más bien a cosas que están fuera de lo común para nosotros. Quiero darles un ejemplo de la vida real que todavía no logro comprender del todo.

No hace mucho recibí un correo electrónico no solicitado de alguien (recibo bastantes de estos). Estaba lleno de caracteres chinos, así que de inmediato me dio mala espina. En contra de mi mejor juicio, lo abrí de todos modos (algo que no suelo hacer) y no puedo decirte por qué no lo borré al instante. Adjunto había un CV... un currículum... junto con una nota. La nota decía que el remitente vivía en China, y al leer el currículum me encontré con una impresionante lista de formación, experiencias y logros en el mundo de la tecnología de la información y las comunicaciones digitales. Decía que había estado siguiendo a Torah Class desde hacía algún tiempo en China (hablaba inglés) y que, si podía hacer algo por el ministerio, le gustaría hacerlo. De vez en cuando recibo este tipo de correos electrónicos y, por lo general, no les doy seguimiento debido a su origen incierto. Pero, algo inusual en mí, le respondí y, tras un par de correos intrigantes de ida y vuelta, me sugirió que tuviéramos una reunión por Zoom. Fue una reunión interesante, por decir lo menos; pero mi escepticismo natural persistía, así que me puse en contacto con una persona que conozco en Israel y le envié el currículum y la nota para que los revisara. "Demasiado bueno para ser verdad", respondió. Pensé: sí, eso es lo que yo también pensaba. Aun así, le dije: ¿qué tal si programo otra reunión por Zoom con este tipo e incluyo a mi amigo de Israel para darle la oportunidad de interrogar a

este hombre y ver si puede descifrar el enigma? La reunión duró aproximadamente una hora, y unos minutos después de que terminara, mi amigo me envió un correo electrónico: "Creo que es de fiar".

Después de darle vueltas al asunto durante unos días, me puse en contacto con este hombre de nuevo, y tras hablar con él unos minutos le dije que ojalá hubiera alguna forma de que pudiéramos vernos en persona (soy de la vieja escuela en este tipo de cosas). Me dijo que sí podíamos. Me quedé un poco sorprendido, ya que él estaba en China. Bueno, resultó que, tras nuestras primeras comunicaciones, ya no estaba en China; ahora se encuentra en una ciudad no muy lejos de nuestras instalaciones, a donde había viajado apenas un par de días antes. Nos reunimos, y me dijo que le gustaría realizar este increíble trabajo tecnológico para nosotros, con el fin de ayudar a llevar «Torah Class» a China de una forma que pudiera ayudar a los millones de cristianos chinos de allí a comprender la Palabra de Dios desde la perspectiva de una fe de herencia hebrea, y esta ayuda incluía traducir los cientos de transcripciones de «Torah Class» al mandarín. Me cuenta que él y su esposa, que no habla inglés (ambos creyentes), simplemente dieron un salto de fe, empacaron un par de maletas, dejaron en suspenso sus vidas y su carrera en China, y volaron a EE. UU. desde Shanghái, sin saber si era simplemente su propio celo religioso lo que lo impulsaba a hacer esto, o si era el Señor quien lo guiaba, o si era algo que yo siquiera consideraría llevar a cabo. Así que le pregunté por qué lo había hecho. Me respondió: «La verdad es que no lo sé realmente», y luego explicó que simplemente tenía ese fuerte presentimiento interior que no le daba tregua, de que el Señor quería que se fuera a los EE. UU. sin tener la menor idea de qué... si es que algo... podría resultar de ello.

Al final, me impresionó tanto su franqueza que logré conseguir un poco de presupuesto para contratarlo (por una fracción de lo que ganaba en su país), y aunque todavía no puedo hablar de ello, ya estamos muy avanzados en el lanzamiento de algo bastante grande relacionado con la distribución de las lecciones de «Torah Class» a nivel verdaderamente mundial, incluso en China. Algo que nos permitirá llegar a zonas de nuestro planeta de formas que hasta ahora nos resultaban imposibles. Este fiel hombre chino no pudo explicar de dónde surgió esa idea ni por qué asumió tal riesgo. Creo que, al igual que este hombre humilde y obediente de China, esta mujer obediente y humilde de Betania hizo algo que, solo unos momentos antes, no se hubiera imaginado hacer. Si después le hubieran preguntado por qué realizó ese asombroso acto de derramar un perfume tan costoso sobre la cabeza sorprendida de

Yeshua, me imagino que habría dicho: «No lo sé; es simplemente algo que sabía que debía hacer». Y así, amigos míos, es como suele suceder cuando nuestro Dios se propone hacer Su voluntad a través de nosotros, sin que tengamos la menor idea de lo que está pasando. Sin embargo, seguimos adelante... incluso asumiendo riesgos... con fe.

Naturalmente, dado que este episodio del derramamiento del ungüento perfumado fue algo exclusivo entre esta mujer y Yeshua, ninguna de las otras personas presentes en la habitación sintió ese mismo impulso divino ni pudo comprender por qué alguien haría algo tan aparentemente irracional que, a primera vista, parecía bastante sin sentido y un derroche lujoso. Por eso, la reacción inmediata de los discípulos de Cristo fue de incredulidad. La mayoría de ellos eran pescadores pobres que luchaban a diario por mantener a sus familias, y acababan de presenciar cómo una mujer derramaba de repente un perfume de gran valor sobre la cabeza de su Maestro. Siendo hombres, estoy seguro de que pensaron... sí, típico de una mujer hacer algo tan impulsivo como eso, basado en lo que muy probablemente no era más que un arrebató emocional. No les impresionó, los enfureció. ¿Por qué desperdiciar algo tan valioso como esto? Y dado que tanto ellos como Jesús sentían una preocupación natural por sus hermanos verdaderamente sumidos en la pobreza, lo único en lo que podían pensar era que, si ella estaba decidida a hacer algo bueno con este valioso ungüento, debería habérselo dado a ellos, para que lo vendieran y ayudaran a muchos pobres con los fondos. Pero ahora ya no está y lo único bueno que hizo fue que Yeshua oliera bien y que la mujer se sintiera bien. Pero Cristo sabía exactamente por qué lo había hecho, aunque ni ella ni nadie más lo supiera.

Mateo 26:10-12 *«¿Por qué molestan a esta mujer? Ella ha hecho algo hermoso por mí. ¹¹ A los pobres siempre los tendrán con ustedes, pero a mí no siempre me tendrán. ¹² Ella derramó este perfume sobre mí para preparar mi cuerpo para el entierro.*

Este impresionante acto simbólico se llevó a cabo sin que ella entendiera por qué lo hacía; pero tampoco hay razón para que critiquemos a los discípulos, porque si hubiéramos estado allí, en esa casa, probablemente también nos habríamos quedado atónitos... y no en el buen sentido. Realmente no hay razón para pensar que debieran haberlo entendido. Esta buena obra de esta mujer solo puede interpretarse verdaderamente en retrospectiva; nadie en esa casa podía prever lo que estaba a punto de suceder en los siguientes días, cuando Yeshua entregaría Su vida por la humanidad pecadora. Y no puedo

imaginar que a los discípulos les hubiera sentado muy bien que Cristo les dijera que no se alteraran tanto por eso, porque de todos modos siempre habrá pobres (lo cual, por supuesto, es cierto). Esta afirmación, por supuesto, no tenía como objetivo menospreciar a los pobres, sino que probablemente pretendía decir que, si bien siempre habrá innumerables y continuas oportunidades para servir a los pobres, Jesús, su Señor y Maestro, solo estaría aquí para ser servido durante unas pocas y preciosas horas más.

De hecho, Yeshua dice que, en lugar de que su extraño acto se convierta en algo que caiga en el olvido con el paso del tiempo —como todo acaba sucediendo con el vapor de la vida—, dondequiera que se predique el Evangelio del Reino de los Cielos en el futuro, esta será una historia que todos escucharán, amarán y recordarán.

Terminaremos por hoy y continuaremos cuando nos volvamos a reunir.